



José Ramón Bidagor S. I.

En la apertura y en el ocaso. Desde la pila del Bautismo, hasta la extremaunción; toda la vida de un cristiano es «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Señal del Cristiano: Una cruz y una invocación: El cristianismo en síntesis: La cruz, símbolo del amor. En la cruz, Cristo. Y Cristo, Dios — sin esto no había redención —, padeciendo, haciendo patente al Amor. Al Amor que es Padre, e Hijo y Espíritu Santo.

Me signo con el signo de Dios. Hago una cruz sobre mi pecho como para abarcar en el cruce a Dios mismo que está dentro de mí; y confieso con *Un signo a Tres personas*, en un tremendo, insondable misterio, a imagen y semejanza del cual soy hecho.

Misterio

Escondido. Cerrado. Impenetrable: Todo esto dice la palabra misterio. Aquello que ocultaban los nocturnos ritos de Eleusis, y esto más reciente, solo patentizado para los iniciados del Mau-Mau.

Todos estos oscuros secretos, son misterios. Pero se pueden abrir.

La vida — incógnita del hombre —, el átomo, el cosmos... Todo eso que hizo exclamar a Lemaitre «La Ciencia es un cementerio de hipótesis», son misterios. Pero se pueden abrir.

Lo más serio es el salto a Dios. Aquí es donde empezamos a perder pie. Primero llegamos a conocimientos analógicos: «Sin duda, todo lo que en nosotros es bueno, no puede faltar a Dios. Lo misterioso es cómo lo tenga. Porque la analogía, con esa intimidad esencial en parte, en parte desigual, es una navegación a tientas.

Pero la escala de lo misterioso es todavía más alta. Queda lo que está más allá de la analogía. Lo inexplicable aún para la inteligencia angélica. El misterio absoluto. La razón ya no palpa. Los principios naturales se ahogan. Solo emerge la fe, como una antorcha prendida sobre las olas, sobre las nubes, en una invitación a lo más difícil; a negarnos y adorar...

Antorcha. Faro. Luz. Sol...

En el fondo, las viejas religiones que adoraron al sol, adoptaron una postura similar — con todas las salvedades oportunas — a la nuestra: miraban al sol, y no podían sostener su vista. Bajaban los ojos. Adoraban.

La Trinidad nos alumbra. Levantamos los ojos de la inteligencia. Nos deslumbra. *Nos perdemos. Creemos. Adoramos.*

Y sin embargo, no nos resignamos, Volvemos a mirar. Nos fascina. Y no podemos. Solo en el regalo supremo de la oración, cuando Dios premia al alma con el don de Sí mismo, han sentido algunos santos, fuera de sí, algo de la Trinidad. Y después no pudieron más que halbupear. «Es más fácil pensar en Dios que decir cómo es. Y sin embargo, es mucho más verdadero de como lo pensamos». Y aun personalmente, pensó que es más fácil sentirle que pensarle...

Sol que no se puede mirar, y que sin embargo

Nota. Analogía — según el Diccionario de la Academia — es relación de semejanza entre cosas distintas.

Concepto análogo es el que sirve para nombrar esas cosas diversas; y que corresponde exactamente a las dos, sólo en parte, ya que por otro lado está señalando cosas desiguales.

Dos cosas se pueden relacionar analógicamente, cuando a pesar de ser diferentes, tienen, no obstante, una semejanza o proporción común sobre la que fabrican un concepto, único para las dos, pero que se aplica — por la desemejanza fundamental — idénticamente en parte, y en parte de modo diverso.

Nosotros, hechos a semejanza de Dios, podemos pensar con justicia en estas cosas semejantes entre El y nosotros. Las nombramos humanamente; y a ese sustantivo nuestro, corresponde una realidad, concorde en parte con nuestro pensamiento pero diversísima también, por la Infinitud a que corresponde, y de la que nosotros procedemos.

todo lo ilumina. Lo asombroso es el precepto de Cristo: «Id y bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt. 28,19). Debían instruir a todos con el misterio que ninguno podía comprender.

No era una prueba. Era una invitación. Era la llamada hacia el Dios escondido; una prueba del amor del Señor (¡qué hondo y mayúsculo sentido toma aquí esta palabra: SEÑOR!), que nos manifestaba su Mismidad y tentaba a nuestra sed.

Manifestación

«Yo soy la Luz del mundo». Y Cristo se irguió como una cima de luz apagando el resplandor del fuego que izaba su llama perpetua sobre la piedra no labrada del Altar de los Holocaustos.

Cristo era la Verdad. Una Verdad entera y única. Y Cristo nos dijo la verdad de Dios:

«Yo estoy en el Padre, y el Padre en Mí...» (Jo. 14, 9).

«El Padre que permanece en Mí, Él es quien obra...» (Id., 10).

«El Padre y Yo somos uno...» (Jo. 10, 30).

«El Consolador, que Yo os enviaré del Padre, que procede del Padre...» (id 16, 14)

El me glorificará y hablará de Mí, porque recibirá de Mí...» (id 16, 14).

Así, el último regalo del Dios Hombre fué adentrarnos en la intimidad de Sí Mismo. Su despedida final, en la hora apoteósica de su glorificación, fué la invitación a creer en Dios Trino y Uno. La invitación a la Vida; porque: «Esta es la vida eterna, que te conozcan a Tí, el solo verdadero Dios, y al que enviaste, Jesucristo (Jo. 17, 3).

Invitación:

Entrar en Dios. La más seria de las investigaciones. Y la más productiva. Y la más deliciosa.

San Agustín a la orilla del mar, siempre misterioso y profundo, quería descubrir Misterio del otro mar... y encontró a aquel Niño que intentaba encerrar al océano en un hoyo de la playa...

No obstante Agustín ha dado las ideas más luminosas para entrar en la vida de Dios. (Ideas al fin. Sueños fabricados con barro humano — el

único de que disponemos pero con un deseo inmenso. Pero no cabe para toda la hermosa estructura más valor que éste: El de ser un magnífico intento de saltar hasta Dios desde el lodo nuestro; con la seguridad de no llegar; aunque reposemos en el sueño, como estaría un niño que no conoció a su madre, muerta al darle el ser, soñándola por comparación con las madres que conoce, y esperando al cielo para verla...).

El salto ideado es así:

«Dios es Amor...». Analicemos en nosotros al amor. Hay en él un reflejo trinitario:

«¿Qué es amor... sino dilección del bien? El amor es de alguien que ama; y por el amor se ama algo. Son, pues, tres cosas; El amante, lo que se ama, y el amor... ¿Qué ama el alma en el amigo sino al alma? Y allí hay tres cosas: El que ama, y lo que ama y el amor». (De Trin. 8, 10, 14).

El que ama, lo que ama y el amor. Desde aquí verificamos el salto hacia Dios. Pensamos que en Dios hay algo semejante; y esto es: El Padre que se da y ama. El Hijo que recibe y

ama retornando. Y la corriente de amor que salta del Padre al Hijo, y de Este al Padre: es el Espíritu Santo.

El Padre, Ingénito, da su Ser por conocimiento, (Dios es espíritu. Sus operaciones serán eminentemente espirituales. La primera, conocimiento; la segunda voluntad; — al amor precede la noticia... —). El Padre conociéndose a Sí Mismo perfectamente; verificando de un modo único — divino — la asimilación del objeto conocido (en este caso El Mismo) que es nuestro conocimiento humano, rompe todas nuestras imperfecciones cognoscitivas; y no «en cierto modo» como hace nuestra pobre potencia, sino de verdad; en perfección maravillosa de conocer, engendra en Sí una Imagen que es y no es El Mismo. Es Dios. Pero no es Padre. Es otro. Pero tan Dios como el Padre, y como Dios, digno de ser amado infinitamente.

Luego; espontánea, obligada por la perfección del Amante y de lo que ama, nace entre ellos una corriente de amor infinito. Es el espíritu.

Hemos llegado a lo más alto del intento humano por indagar en la Vida y el Misterio del

La Clemente Trinidad es una sola Deidad. Pues el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, son una fuente, una sustancia, una virtud, una potencia. No decimos que el Padre Dios y el Hijo Dios y el Espíritu Santo Dios, sean tres dioses, sino que confesamos piadosísimamente que son Uno solo. Porque nombrando tres personas, confesamos, con católica y apostólica voz, que son una sustancia. Así pues, Padre e Hijo y Espíritu Santo; y los Tres, Uno. Tres; ni confundidos, ni divididos, sino distintamente unidos, y fundidos en uno los que son distintos; unidos en la sustancia, pero distintos por los nombres; unidos por la naturaleza, pero distintos por las personas; iguales por la divinidad, cosemejantes por la majestad, concordes en la trinidad, partícipes de una misma claridad. Los Tres de tal manera son Uno, que no dudamos sin embargo que son Tres; y son Tres sin que puedan ser separados el Uno del Otro. No hay duda pues de que la injuria del Uno, es afrenta para Todos, porque la alabanza de Uno es gloria de los Tres...

(De la fórmula «Clemens Trinitas»; de fecha y autor no ciertos; procedente de Francia, hacia el año 500)

Ser. Estamos, asombrados y temblorosos, ante un Ser de vitalidad tan desbordante; con una potencia de conocimiento y amor tan exuberante; que no puede contenerse de un modo exhaustivo en la vida, en el conocer y amar de un único yo. Nos sentimos gigantescamente pequeños: Porque en los hombres, la potencia cognoscitiva y volitiva, la naturaleza, el espíritu, el cuerpo, sólo llegan a conseguir que el yo humano, único, tenga una vida sembrada de penas y esfuerzos. Dios necesita, imperiosamente, por exigencia de Su Ser, un triple modo de existir... Nuestra mirada — corporal y espiritual, — sólo para un yo posee potencia visiva; el espíritu de Dios tiene poder visual para Tres. Tal poder que no quedaría satisfecho, agotado, por conocer un yo; ni el poder de amar, con amar a un solo yo; sino que necesita expansionarse inmanentemente en la maravilla de Tres Personas, consumiendo Una naturaleza.

Engendrado:

De misterio en misterio, tropezamos con la explicación de cómo el Padre se da y engendra al Hijo. Cómo el Hijo es engendrado, y es a la vez eterno — no hecho —.

«Oh arriano... Si encuentro que el Engendrado no precede en el tiempo al que engendra; que el Engendrado no es menos en tiempo que Aquél por quien es engendrado; deberás concederme que la coeternidad se encuentra en el Creador, puesto que hay cotemporales en las criaturas... Y me parece que ya a alguien se le ha ocurrido; pues están intentando hablar desde que dije: «Resplandor de la luz eterna...» [...] ¡Atiende! Aun no hemos encendido la antorcha. Todavía no hay fuego. Tampoco la luz que nace de aquél. Pregunto: ¿El resplandor surge del fuego, o éste de aquél? Todos me responden, sin dudar, que el resplandor del fuego. No al revés.(...)»

A un tiempo surgen el fuego y la luz. Dame llama sin luz, y te creo que el Padre existió sin el Hijo...

(San Agustín, Serm. CXVII)

Como es eterna la generación, es eterno el Amor,

Tres personas eternas: El que ama; Quien

ama; y el Amor. El Padre no engendrado; el Hijo engendrado por el Padre; y el Espíritu, surgiendo de los dos como de un solo principio. Y los Tres iguales. Tan iguales que son: «Un solo Dios, un solo Señor, no con la unidad de una sola Persona, sino con una sola Naturaleza en tres personas distintas». No hay mayor ni menor. No es más el Padre porque engendra, ni menos el Espíritu porque procede. Son Tres, y es uno. Tiene la perfección de lo Sumo, no repartido, para que no le falte nada. Y no tiene la nube triste de la soledad, pues ama y es amado; y eternamente.

¿Qué sentido toma después de esto el «Santo, Santo, Santo» que estremece a la Iglesia cuando el sacerdote ha terminado la confesión de la Trinidad, inclinado sobre el altar! ¡Hosanna en las alturas! Cientos de ángeles desconocidos están rodeándonos, y cientos de voces inaudibles repiten: Santo, Santo, Santo... Es la maravilla de Dios. La Inaccessibilidad de Dios, admirada y cantada por las criaturas, fuera de sí por el estupor.

Dios en nosotros

Lo admirable es el descenso de ese Dios hasta nosotros.

Pobre mendigo de una noche de Diciembre, cuando vino a buscar abrigo entre los suyos, — no para pedir, sino para dar, y sobre todo *darse*, que es lo supremo, — ¡los suyos no le recibieron!

No sabían los hombres lo que hacían. No sabemos nunca lo que hacemos, dejando de entrar en nosotros para encontrar en el transfondo más maravilloso de nuestras entrañas, al mismo Dios Trino y uno, a cuya semejanza somos hechos.

Por eso nuestra vida es absurda. Lo definitivo es querer ser lo que somos, y vivir ese emocionado diálogo de semejanza silenciosa con Dios; intentar transfundir en nosotros su figura.

Imágenes del Amor, dejemos que él guíe nuestras vidas. Debemos aprender esa fusión que es olvido propio para darse; que es pérdida de sí en otro, sin dejar de ser nosotros.

En una filiación prodigiosa respecto de Dios, queremos ser iguales a Él: Hasta que nuestro conocimiento cree en nosotros una perfecta Imagen (que sea verdad de cada cristiano, la petición repetida: «que quien me mire te vea») y el amor a esta Imagen, sea como nuestra personalidad.

Dioses caminantes por estos viejos caminos tan

faltos de Dios, trayendo para el mundo desintegrado, la perfecta Unidad; para la descomposición del egoísmo, la ternura del Amor; para la ceguera de las mentes, la Inteligencia de Dios; y para las voluntades enfermas la Suma voluntad.

«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu» caminamos. Y cada día buscamos un nuevo pico para nuestra escalada. Hasta dar con El («Inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en El...»). Un día será la cumbre de la Fecundidad (Amor y Fecundidad, eso eres Rey

mío...) que quemará el egoísmo de mi matrimonio. Otro día será el descenso hasta la miseria que me rodea (El peso del amor te bajó hasta nosotros...). Y otro día... y otro día... Hasta aquel gran día.

Cuando este Misterio, revelado en la intimidad cada hora más dichosa de nuestra vida espiritual, trascienda al mundo, la perfección de la vida estará consumada. Porque todo será como Dios. **Todo en su Nombre; el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.**

